



EL AMBIENTE EN ARTE

La influencia del ambiente en la obra artística es considerable porque el escenario y la docta opinión ajena, el desinteresado consejo, el ritmo de las almas vecinas, nos ayudan a matizar nuestro pensamiento, a componer el conjunto y a modelar lo que nuestros sentidos no percibieron por sí solos.

Quizás en la ciencia, basten el libro y el laboratorio para afirmar y elevar la obra del sabio. Quizás el químico y el astrónomo y el matemático prefieran el retiro solitario que los aparte del mundanal ruido; pero en las artes plásticas y en literatura, la biblioteca y el taller no bastan, es necesario el medio cobijador, el paisaje, el choque de las ideas ajenas, la esgrima chispeante del *spirit*; la vida de los demás como documento, como musa, como espuela. Para contemplar dignamente el “chorro luminoso que es la existencia” es preciso domiciliar el espíritu, donde pueda encontrar la justa perspectiva y esa justa perspectiva sólo se logra en ambientes gratos al espíritu... propicios al estudio y a la inspiración, donde el arte se entre por nuestra ventana a despertarnos todos los días; donde las ciudades mismas sean museos y los museos olímpicos. Porque las ciudades monumentales como Toledo, Brujas, Nuremberg, Florencia, Roma, Granada, Atenas, crean en nuestro ser una segunda naturaleza que nos hace pensar y sentir de otra manera que la común y corriente de todos los días. Las ciudades monumentos hiperestesian nuestros sentidos y afinan nuestras almas y porque el museo es para el pintor y el escultor como la biblioteca para el hombre de letras. El museo es taller, cátedra, historia, revelación, orientación y estímulo de los artistas plásticos. Sin la pinacoteca, el pintor, sin saberlo, deja latentes en su almarío mil ideas

y sensaciones que brotarían de su pincel al conjuro de las obras maestras.

¿Dónde entonces acudir y vivir para que la obra de arte surja florentísima? Nosotros, los mexicanos, deberíamos primero, empararnos de todo lo nuestro, para después orientar y afinar nuestro espíritu en Europa. Un artista mexicano debiera desde luego vivir en su propia patria hasta saturarse de su paisaje esplendoroso, de su costumbrismo autóctono, de su historiografía trágica, de su idiosincrasia vigorosa, para después aprovechar ese acervo de visiones nacionales, ese caudal emotivo muy mexicano y singular, en la sabia y experimentada Europa que completará la obra de la naturaleza con el consejo de su cultura con la autoridad de los dioses que imperan en los museos, y, en una palabra con la influencia del ambiente que abrirá senderos antes desconocidos para el espíritu indohispánico, que, absorto ante tantos hallazgos de todos los días, satisfará su curiosa inquietud alimentada por muchos talentos y todas las escuelas y todas las heterodoxias del mundo.

Pero primero hay que vivir nuestro México que es para los artistas mexicanos potencial tesoro inagotable, como para los extranjeros vertedero infinito de hallazgos raros e indelebles. Porque nuestro suelo, nuestro pueblo, nuestros hábitos y tradiciones son de una intensidad extraordinaria que se imponen por sí mismos, que imperan sobre la sensibilidad, interesándola, atrayéndola y conquistándola. Lo que afirmo convencidamente después de recorrer medio mundo.

En efecto, México con su pretérito historial autóctono azteca, tarasco, maya; su caudaloso folklore musical: dulcedumbre, cansera y voluptuosa dejadez, sus pintorescos tipos citadinos y rancheiros; el valiente charro puntiagudo y untado; la irresponsable indita "liada" la esponjosa y bruna tehuana sensual; sus mayas limpísimos; sus "pelados" bravucones y groseros. México con su alfarería maravillosa como la de China o de España; con sus telas indias y criollas más lindas que las de Persia en riqueza y color; más animadas que las de Rumanía en el dibujo caprichoso; con sus artes menores tan variadas, tan finas, tan personales, como las de los petates, los deshilados, las jícaras y los maravillosos trabajos en cerdas, maderas, tecali, concha-nácar, plumas... México con ese insondable tesoro lírico y plástico es una reserva de la humanidad en lo que tiene de gracia, ternura y *donaire*.

Nuestro pueblo además, tiene el ritmo interno, la inquietud divina de lo bello que sienten sin necesidad de academia ni de alfabeto porque nuestros indígenas y criollos son sabios empíricos del colorido y la melodía, porque la naturaleza quiso que fuesen así, ricos por dentro y pobres por fuera...".

(Inédito)